



TENIENTE CORONEL MÉDICO MARTA PRESA,
JEFA DEL SERVICIO DE PSIQUIATRÍA DEL *GÓMEZ ULLA*

«HUBIERA PAGADO POR HACER MUCHAS DE LAS COSAS QUE HE HECHO»

Ha sido galardonada por su compromiso con las mujeres en las misiones y su labor asistencial con refugiados ucranianos

AL echar la vista atrás, la teniente coronel Marta Presa se declara «abiertamente feliz» con la decisión que tomó de ingresar en el Ejército en 1997. Lo tuvo claro incluso antes de acabar sus estudios de Medicina en Pamplona. Quiso ser médico militar y unir así las dos grandes pasiones que la llevarían a participar en trece operaciones internacionales —Kosovo, Sarajevo, Afganistán, Uganda, operación *Sophia* y la Antártida—. Ahora está destinada en el Hospital Central de la Defensa *Gómez Ulla*, donde es responsable del Servicio de Psiquiatría. Ha puesto en marcha las unidades de adolescentes y psicotrauma y atiende a ucranianos refugiados y heridos de guerra. De sus etapas fuera de España recuerda «cada uno de los momentos vividos» y, sobre todo, a las mujeres que allí conoció. Especialmente, a las afganas, con algunas de las cuales aún mantiene contacto y con las que hubiera querido trabajar más de lo que el tiempo le permitió «para ayudarlas a alcanzar un presente digno y un futuro de libertad».

—¿Qué ha supuesto para usted recibir este premio?

—Una satisfacción, un orgullo y, sobre todo, una gran responsabilidad.

Pienso que es un reconocimiento a mi implicación en el trabajo en favor del Ejército, institución que amo y a la que me he dedicado plenamente. Después de la Medicina, es mi gran pasión por lo que trato de poner en marcha cosas nuevas, innovar, intentar mejorar. Algo que he podido llevar a cabo desde que soy jefe de servicio.

—De las misiones en las que ha participado ¿Cuál le ha dejado más huella?

—Recuerdo todas, cada una por un motivo diferente. Por ejemplo, la Campaña Antártica, a nivel personal, fue la que más me ha marcado. Es algo inexplicable, un sentimiento de vértigo, de estar lejos de todo, de paz interior. Es escuchar el silencio. De Gabón guardo un recuerdo especial de una ONG con la que estuve colaborando y que ayudaba a mujeres solteras sin recursos. Y, en Uganda, aprendí cómo hacer frente a enfermedades como la malaria, tal y como lo hacen los africanos, poniéndose en tratamiento al primer síntoma.

Y luego Afganistán, donde estuve en dos ocasiones como MEDEVAC. Allí, además de recoger, estabilizar y trasladar a los heridos, tuve la satisfacción de trabajar con las mujeres afganas. Para mí, fueron un descubrimiento.

—¿En qué sentido?

—Me aportaron mucho. Aunque eran ellas las que se mostraban agradecidas porque decían que solo con la presencia de una mujer vestida de militar ya las estábamos ayudando. Sentían que vivían en un mundo hostil e inseguro a todos los niveles, que se les hacía poco caso cuando denunciaban alguna agresión ante la policía. Su inseguridad también llegaba al ámbito laboral. Siempre pensé que hubiera sido bueno para ellas salir de su país, venir a España, por ejemplo, para hacer prácticas en trabajos como peluquería o administración. Les hubiera proporcionado mucha seguridad en sí mismas.

—Por lo que cuenta, su trabajo en Afganistán fue mucho más allá de las evacuaciones médicas...

—Éramos dos equipos de MEDEVAC que nos turnábamos. Y mientras esperaba que me llegara algún aviso me dedicaba a las mujeres. Como soy psiquiatra, estuve viendo y valorando a algunas que llegaban con diversas patologías. Recuerdo especialmente a una mujer con una somatización. Tenía 17 años y la querían casar. A esa edad, en Afganistán ya se considera que son mayores para casarse; empiezan a los nueve años y, de hecho, sus hermanas



pequeñas ya lo habían hecho. Estudiaba Magisterio y decía que no le importaba casarse con un hombre de 40, que lo que le preocupaba era que ese hombre tuviera una mentalidad conservadora y no la dejara estudiar, trabajar, relacionarse con sus amigas, tener móvil, ver la televisión... En definitiva, que quisiera quitarle la libertad. Esta chica nunca lloró cuando hablaba de su vida, solo lo hizo cuando le pregunté si había pensado alguna vez en la posibilidad de enamorarse de alguien. ¿Sabes lo que es no tener la libertad de poder enamorarte?

—La situación de las mujeres en Afganistán ha empeorado con el regreso de los talibanes ¿Qué se podría hacer por ellas?

—Siempre me pareció un país entra-

ñable y, si tuviera la oportunidad, me iría allí. Volvería para ayudar a estas mujeres a gestionar sus estudios, darles salidas profesionales e incluso facilitarles viajes fuera de su país. Me acuerdo mucho de la viuda de un traductor que mataron en un atentado y que con las

«Después de la Medicina, el Ejército es mi gran pasión. A esta institución me he dedicado plenamente»

ayudas recibidas se había construido una casa. En la planta baja había instalado una aula de alfabetización para mujeres y niñas desde los cuatro a los 60 años. Esta viuda, que tenía un puesto político, también luchaba contra otra situación difícil; y es que allí las parejas que no se pueden casar, bien porque el hombre no tenga dinero o porque las familias no admiten el matrimonio, se van a vivir a las montañas. Si deciden bajar a las ciudades, a ellas las apedrean y a ellos les meten en prisión.

—¿Ha vuelto a saber algo de ella?

—Sí. Fue muy emocionante porque me localizó cuando salió del país. Vive en Italia, con su madre y con su hija. Está intentando traerse también a su hermana, que se encuentra en Irán.

—¿Ayuda en algo que vean mujeres de uniforme en los contingentes militares?

—Sí. Es importantísima. Con nuestra presencia les abrimos las puertas del mundo, les llevamos novedades, ven cómo viven las mujeres en Occidente. Otra cosa son los afganos. Ellos no quieren ver que las mujeres hacemos trabajos libremente porque es como decir a las afganas que todo se puede hacer.

—Ahora dirige el Servicio de Psiquiatría en el Gómez Ulla donde están tratando a ucranianos ¿Qué asistencia les proporcionan?

—Atendemos a combatientes y también a refugiados con problemas psiquiátricos que viven en la Gran Residencia, en Carabanchel. Cuando estos últimos se desestabilizan, los traemos aquí e ingresan durante unos 20 días. Ahora solo tenemos a un chico de 19 años que lleva con nosotros desde el mes de julio porque cada vez que le damos el alta, se vuelve a agitar. Aquí está bien contenido.

A los ucranianos heridos de guerra se les ponen prótesis y les damos rehabilitación. Cuando hablas con ellos te llevas una gran sorpresa porque esperas que estén muy afectados a nivel psicológico, con estrés postraumático o estrés agudo. Y no es así. Sorprende que la gran mayoría quiera volver al



Fotos cedidas por la Tcol. Presa

La teniente coronel Presa durante una misión de evacuación en Afganistán. A la derecha, con algunas de las mujeres que trató allí.

frente. Están ilusionados, tienen planes de futuro, como comprarse una casa en su país, cuando antes de la guerra no se lo habían planteado.

— ¿Cómo los ayudan?

— Los ucranianos no están acostumbrados a contar a un terapeuta lo que les pasa; normalmente hablan entre ellos y así solucionan el problema. Y cuando alguno te dice que piensa mucho en lo que ha vivido y sufrido, lo que realmente le preocupa es cómo decir a su mujer que quiere volver al frente. Los ayudamos a que exterioricen esos pensamientos, pero cuesta. Porque cuando de entrada se les pre-

gunta si tienen alguna preocupación, siempre dicen que no.

Al principio solo quieren que les pongan la prótesis y salir corriendo. Pero cuando se la han puesto, se cuestionan si van a poder hacer todo lo que quieren, cómo van a poder ayudar dentro de la guerra.

— En el hospital ha puesto en marcha la unidad de adolescentes ¿En qué consiste?

— Después de la pandemia, desde Salud Mental de Madrid nos llegó la preocupación por la cantidad de niños y adolescentes que esperaban en urgencias, hasta una semana, para ingresar

en psiquiatría. Nosotros teníamos dos espacios separados dentro de la unidad, uno con 21 camas y otro con diez que es donde ingresábamos a los pacientes de psiquiatría con COVID. Pensé que sería buena idea mantener separadas las dos áreas y dedicar la grande a los adultos y la pequeña a los adolescentes. Mis jefes me apoyaron, hicimos algunas reformas y desde que se abrió la unidad, hace ahora un año, siempre está llena. Un 80 por 100 llega con ideas autolíticas.

— También creó la unidad de psicotrauma...

— Si por algo se caracteriza la psiquiatría militar es por el trauma psíquico, algo

Sanidad y milicia

La entrega del X Premio Soldado Idoia Rodríguez, mujer en las Fuerzas Armadas tuvo lugar el pasado 17 de marzo, justo el mismo día que la galardonada, la teniente coronel médico Marta Presa, celebraba las bodas de oro de su promoción. Al acto, celebrado en el Ministerio de Defensa, asistieron, entre otros, la ministra, Margarita Robles, la subsecretaria y presidenta del Observatorio Militar para la Igualdad de Mujeres y Hombres en las Fuerzas Armadas, Adoración Mateos, el inspector general de Sanidad, general de brigada Juan José Sánchez Ramos, así como familiares, amigos y compañeros de la premiada.

En la apertura del acto, la subsecretaria de Defensa señaló que la incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas «fue uno de los hitos más importantes en la transformación de la institución». En la actualidad, añadió, «existe una igualdad efectiva y real», tanto en el acceso, como en la formación y el desarrollo profesional. «No hay destinos vetados» para ellas, indicó, y por eso el porcentaje de mujeres en nuestros ejércitos se sitúa en el 13 por 100 — más de 15.500—, por encima de la media de los países de la OTAN. Adoración Mateos resaltó que la presencia de mujeres en operaciones en el exterior ha supuesto «un plus de calidad» e hizo un breve recorrido por la carrera profesional de la teniente coronel Presa. En todos sus destinos, dijo, «ha dejado su impronta personal» y su trayectoria pone de manifiesto «que el valor profesional de las personas está por encima de cualquier otra consi-

deración». Marta Presa «representa la unión perfecta entre la sanidad y la milicia y aglutina la capacidad de trabajo, espíritu de sacrificio, de servicio, sentido del deber y excelencia profesional».

La galardonada, visiblemente emocionada al recordar a su padre fallecido y a su madre, quien le proporcionó el primer contacto dentro de la milicia, expresó su agradecimiento a todos sus compañeros, mandos y subordinados que la han acompañado a lo largo de su trayectoria profesional. No quiso olvidarse tampoco de las mujeres afganas que conoció en sus despliegues en aquel país. Mujeres «que me han dado más de lo que yo les he podido ofrecer, mujeres fuertes, generosas y muy agradecidas», destacó.

La ministra de Defensa, por su parte, elogió la figura de la soldado Idoia Rodríguez, primera mujer fallecida en una misión internacional, en Afganistán, y que da nombre al premio, y también se acordó de las mujeres afganas. «Tenemos que seguir dando la batalla, luchando por ellas», señaló. «No quiero que se pierda el esfuerzo que hicieron los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas durante 20 años en Afganistán». «No nos podemos resignar —añadió— a que las niñas de Afganistán estén condenadas a casarse a los doce años y permanezcan en sus casas sin ningún tipo de formación. Es lo que querría Idoia; es el mejor homenaje. Y es lo que quiere usted, que ha pasado parte de su vida en ese país», concluyó la ministra dirigiéndose a la teniente coronel médico Marta Presa.



Inaki Gómez/WDE



que siempre hemos trabajado mucho por las guerras y el terrorismo. Pero no teníamos una unidad específica para tratarlo. Coincidió que a un psiquiatra nuestro que había estado destinado en Irak, los estadounidenses le hablaron de la terapia breve. Se fue a EEUU para prepararse y cuando volvió colaboró para montar la unidad. Ahora queremos formar a todos los psiquiatras y psicólogos en este tipo de terapia, que está destinada, fundamentalmente, a los militares porque son los que más traumas sufren por su contexto de trabajo.

—¿Cuesta mucho poner en marcha nuevas iniciativas como estas?

—Necesitas que lo acepten tus superiores y que tu equipo te apoye, que tengan entusiasmo, que les guste. Hay que convencerlos de que es un buen proyecto, que tiene muchísima utilidad para la sociedad y para el Ejército.

—¿Cómo recuerda los años de la pandemia?

—Fue una etapa muy dura, todos nos pusimos a trabajar lo mejor que pudimos y con los medios que teníamos. En mi caso, cuando vi que las familias de los enfermos de COVID llamaban desesperadas porque no se les informaba de la evolución de los pacientes, porque realmente no teníamos tiempo para hacerlo, me puse de telefonista junto a muchos psiquiatras y psicólogos. Decidimos que las llamadas que llegaban por las mañanas, de lunes a viernes, se registraran en una lista que posteriormente nos pasaban a nosotros, buscábamos al paciente, nos informábamos y llamábamos a las familias. Y por la tarde y los fines de semana, yo me encargaba de recibir directamente las llamadas. Además, cuando el paciente estaba próximo a morir, pedíamos permiso para que al menos un familiar pudiera estar junto a él en los últimos momentos. Y cuando fallecía, un psicólogo hacía el acompañamiento del duelo por si necesitaban ayuda.

Durante toda la pandemia, los psiquiatras dejaron de lado su especialidad en muchos momentos para ayudar en las plantas. Fue una guerra total.

—Usted es médico, militar y mujer ¿Se considera un referente para las más jóvenes?

—Sí. Yo, que me emociono tanto con todo lo que hago, cuando alguien me dice que su hija o su sobrina quieren ser médicos o militares siempre les digo que vengan a verme. Porque para mí ha sido una gran oportunidad trabajar como médico militar. Hubiera pagado por hacer muchas de las cosas que he hecho. Sé que esto no es para todo el mundo pero, a la que le guste, que sepa que puede hacerlo. Yo lo tuve muy claro desde que hice prácticas en el Hospital Militar de Burgos, cuando estaba en tercero de Medicina, al que llegué a través de un contacto de mi madre. En ese momento supe que sería médico militar.

que, si tenía hijos, mi compromiso iba a cambiar. No hubiera sido capaz de irme de misión dejando en casa a un niño pequeño, aunque mi pareja se ocupara de él. Cada cual, en esta vida, tiene que saber elegir; ser responsable y saber hasta dónde puede llegar. A día de hoy, sé que lo que decidí lo hice conscientemente, de forma madura, con voluntad propia. Y lo volvería a hacer. Me pierdo la faceta de ser madre y esposa, que no sé cuánto me hubiera satisfecho, pero estoy encantada con lo que he vivido. Las personas tenemos que elegir y luchar por lo que creemos que nos va a satisfacer.



«La presencia de mujeres militares en operaciones es importante para las mujeres locales; les abrimos las puertas al mundo»

Tenemos que ser referentes y transmitir que este trabajo, tan bonito y tan duro a la vez, puede gustar a muchas mujeres, como me pasó a mí. Hay que dar a conocer cómo vivimos y cómo trabajamos.

—¿Es fácil compaginar la vida laboral y la personal para un militar?

—Es complicado. Yo no estoy casada ni tengo hijos. No era algo que me planteara de antemano, pero nunca encontraba el momento. Fue entrar en el Ejército y ver ese abanico tan grande de posibilidades de hacer cosas que pensé

—¿Cómo definiría la situación actual de la mujer en las Fuerzas Armadas?

—Estamos muy integradas. Me han preguntado muchas veces como fue mi entrada en el Ejército y he de decir que los hombres nunca me han perjudicado en mi trabajo. Todavía hay que romper el famoso techo de cristal pero pienso que es cuestión de tiempo. Poco a poco vamos ocupando puestos de responsabilidad porque ya nos corresponde.

Elena Tarilonte
Fotos: Pepe Díaz